



Quinta sección: Estados Unidos, Política e inmigración

“POLACOS” EN CUBA: PRIMEROS PASOS DEL COMUNISMO JUDÍO EN LA ISLA

Daniel Kersffeld¹

Universidad Autónoma de México

dakersffeld@hotmail.com

Recibido el 21 de junio de 2010

Aceptado: 7 de julio de 2010

Resumen:

Aunque la presencia de la comunidad judía en Cuba se remonta al siglo XVI fue a partir de siglo XX cuando ésta alcanzó una mayor notoriedad, sobre todo en el ámbito político. En este artículo se analizan las actividades de aquel conjunto de inmigrantes conocidos como los “polacos” en su relación con el movimiento obrero local, puntualmente, con el revolucionario, inmediatamente antes de la formación del Partido Comunista y durante la asamblea constitutiva de este último. A partir del análisis de algunas de sus figuras más representativas como Fabio Grobart, se estudian entonces a las primeras organizaciones judías cubanas, tales como el Centro Cultural y, posteriormente, la Sección Hebrea.

Palabras Clave: Judaísmo- Cuba- Política- Comunismo- Organizaciones

Absatract:

Although the presence of the Jewish community in Cuba goes back to the sixteenth century, is in the twentieth century when it reached a higher profile, especially, in the political arena. This article discusses ghe activities of that group of immigrants known as “Polacos” in their relationship whith the local labor movement and the revolutionary also, immdiately before the formation of the Omunist Party and during his contituent assembly. From the analysis of some of its most representative, as Fabio Grobart, we examine the first Cuban Jewish organizatons such as the Cultural Center and subsequently the hebrew section.

Keywords:

¹ Dr. en Estudios Latinoamericanos (UNAM). Actualmente en una estancia posdoctoral en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales (UNAM).



Componentes históricos y sociológicos de la inmigración judía en Cuba

Si bien la presencia judía en Cuba existe prácticamente desde su misma colonización, ocurrida durante el siglo XVI, fue realmente entre fines del siglo XIX y las primeras cuatro décadas del siglo XX que se sucedieron un total de cuatro oleadas inmigratorias que dieron lugar a un grupo diferenciado en términos nacionales, culturales e idiomáticos, más allá de su unidad en el plano religioso. Como a continuación se podrá apreciar, una de estas oleadas, por sus propias características y particularidades, tuvo una enorme impronta en la irradiación y posterior implantación de la ideología comunista.

Estos distintos grupos, denominados de modo genérico (y no siempre certero) por sus lugares de procedencia o por su condición legal al momento de la salida de sus países de origen, entuvieron encabezados por los así llamados “americanos”, sector constituido mayoritariamente por población ashkenazi de rumanos y alemanes que vinieron de los Estados Unidos a partir de la intervención a Cuba en 1898, ya sea como miembros del ejército y de las fuerzas de ocupación, o bien como representantes de las empresas norteamericanas y europeas de azúcar y tabaco. A continuación, y aproximadamente entre 1908 y 1917 se hicieron presentes en Cuba los “turcos”, sefaradíes del Imperio Otomano quienes se alejaron de sus lugares de origen por varios procesos sociales y políticos como la Revolución de los Jóvenes Turcos, en 1908; la Guerra de los Balcanes, entre 1912 y 1913; y finalmente, la Primera Guerra Mundial, sobre todo en el período comprendido entre 1914 y 1917. En tercer lugar, y como decíamos más arriba, de fundamental importancia para la expansión del comunismo en Cuba, tenemos la



presencia de los mal llamados “polacos”, en realidad, *ashkenazíes*² provenientes de diferentes lugares de Europa Oriental, fundamentalmente, de Polonia, Rumania y Rusia, países que a principios de los años '20 impulsaron la emigración de sus minorías judías debido a la violencia imperante y a la falta de oportunidades, sin que éstas pudieran ingresar a los Estados Unidos a causa de sus restrictivas leyes inmigratorias. Por último, el grupo de los “refugiados” se caracterizó por su procedencia de Europa Occidental (principalmente, Alemania y Austria) y también por su origen *ashkenazí*: su llegada, entre 1933 y 1948 se dio como resultado del crecimiento del nazismo, del desenvolvimiento de la Segunda Guerra Mundial y de las consecuencias sociales y políticas de la posguerra.

La llegada de los “polacos”, entre 1920 y 1925, se convirtió en el período de mayor inmigración hebrea en la historia de Cuba, coincidente primero con el fin del período expansivo de la economía cubana gracias a las exportaciones favorecidas por la primera posguerra y, luego, al agotamiento de ciclo del azúcar, sobre todo provocado por la baja en el precio de este producto. Por otra parte, tampoco era menor la atracción por viajar a los Estados Unidos, que había reducido significativamente sus cuotas de inmigración, pero que posibilitaba el arribo de europeos con sólo un año de residencia en Cuba (Weinfeld, 1951: 165). Por lo menos 7 mil judíos emigrantes desembarcaron entre 1921 y 1923 en Cuba y se calcula que unos 20 mil hacia en 1924.

Mayormente, este grupo social consideraba a la isla como un hogar temporal en el que aguardaban hasta lograr su residencia definitiva en los Estados Unidos: de este modo se aprecia que aumentaba o disminuía el número de inmigrantes, de acuerdo a las restricciones implementadas por esta política migratoria. Las restricciones inmigratorias existentes en los Estados Unidos a partir de las Leyes de Cuota se terminaron convirtiendo en un factor de gran importancia en la

² Judíos provenientes de Europa Central y Oriental, principalmente, de Alemania, Polonia, Francia, Ucrania y Rusia.



entrada masiva de judíos al país, instalando definitivamente a Cuba en el gran mapa de la emigración judía de la entreguerra (Bejarano, 1993). A pesar de que originariamente muchos de estos inmigrantes no tenían intenciones de residir en Cuba, con el pasar del tiempo decidieron permanecer, puesto que aquí encontraron oportunidades para trabajar y, en general, porque resultaba un lugar placentero y amistoso. En este sentido, y para gran parte de ellos, la larga espera para poder ingresar a los Estados Unidos se fue trocando gradualmente en una radicación, cada vez más masiva, en esta otra patria que también les otorgaba, incluso, la posibilidad de ascender en la escala social.

Aunque denominados como “polacos”, estos inmigrantes provinieron en realidad de todo el este europeo, naturalmente de Polonia, pero también de Rusia, Lituania, Alemania, Hungría, Rumania y Bielorrusia. La mayoría de los judíos europeo-orientales desembarcaban en La Habana, pero cerca de un 10% lo hizo por otros puertos y por lo general se establecían en pueblos y ciudades como Santiago de Cuba, Guantánamo y Camagüey. Aproximadamente el 85% de todos los *ashkenazis* eran varones, casi todos solteros y hablaban el *idish*³. Solo una quinta parte estaba constituida por trabajadores calificados, el resto eran artesanos pobremente entrenados. La crítica situación vivida en la Isla, sobre todo a mediados de la década de los '20, se convertiría, por otra parte, en un importante caldo de cultivo para la difusión de la ideología comunista traída por varios de los inmigrantes arribados a La Habana por esta época. Paralelamente, las características de lo que iría a constituir al proletariado y al artesanado judío cubano se reproduciría, más tarde, como algunos de los elementos identitarios más importantes del PCC.

Salvo en el caso de los activistas, la mayor parte de estos inmigrantes se dedicó de lleno al rubro mercantil, incidiendo en la economía cubana durante los siguientes treinta y cinco años, prácticamente, hasta que concluyó el ciclo de la

³ Idioma derivado del alemán y hablado por las comunidades judías de Europa Central y Oriental.



Revolución en 1959. Concentrados inicialmente en La Habana, y con su residencia establecida en la zona del puerto y en la terminal del ferrocarril de esta ciudad (básicamente, en las seis manzanas comprendidas entre las calles de Santa Clara, San Ignacio, Jesús María e Inquisidor), los “polacos” se desempeñaron en un inicio como vendedores ambulantes y buhoneros. No obstante, el carácter masivo de su llegada, su mentalidad de refugiados en tránsito y a la espera de una visa para los Estados Unidos, las dificultades idiomáticas y climáticas, y la difícil situación económica en la que se encontraban hicieron más difícil su proceso de inserción, aunque no por ello menos exitoso. Según diversas cifras, se calcula entonces la existencia de cerca de 25 mil judíos en Cuba hacia el año 1925⁴.

En este sentido, resultó de particular importancia la existencia de toda una red que permitió a los recién llegados ir irsentándose en algunos nichos de la economía y en el desempeño de algunos rubros vinculados, sobre todo, con la práctica artesanal, el cuentapropismo y la venta en cuotas. Así, los “polacos” se destacaron prontamente en renglones como el de la fabricación y comercio de zapatos, medias, ropa para hombres y niños y artículos manufacturados de piel, incluso, llegando a desplazar a algunos otros grupos que también se dedicaban a estas mismas actividades. Posteriormente, las regulaciones arancelarias, sumadas a un nuevo marco legal para la actividad comercial que terminaría eliminando a la competencia, posibilitaron el crecimiento de este grupo inmigratorio y la ocupación de nuevos lugares en la economía nacional gracias a técnicas de subcontratación y a una rápida adaptación a las cambiantes circunstancias económicas. La venta a bajos precios para el mercado interno y la nueva autonomía de quienes hasta ayer eran obreros posibilitaron que hacia 1933 los “polacos” se convirtieran en los mejores y más dinámicos empresarios de Cuba, pudiendo reconvertir sus

⁴ “Realmente se desconoce la cantidad exacta de judíos que se establecieron definitivamente en Cuba, pues la abrumadora mayoría solicitaba la residencia en los Estados Unidos por aquellos años y el cálculo se realizaba mediante estimaciones burdas realizadas por agencias que representaban pequeñas entidades dentro de la comunidad judía, ya fuera las instituciones Sefaradíes, Americanas o Ashkenazis, aunque las mismas permanecían completamente separadas entre sí” (Fernández Valderrama, 2001).



anteriores talleres en establecimientos fabriles de una industria ligera pero en constante expansión. Gracias a este *boom* económico, no fue casual que así tuviera lugar un rápido ascenso a las clases medias por parte de un grupo que en la mayoría de los casos no contaba con más de quince o veinte años desde su llegada al país (Corrales, 1999).

Tanto por su número como por su composición religiosa y política, los “polacos” fueron el grupo más complejo y el que, en definitiva, le terminó otorgando su fisonomía distintiva a la comunidad judía cubana. Como asegura la investigadora Maritza Corrales, fue justamente el contrapunteo entre sus dos principales corrientes ideológicas, la comunista y la sionista, el elemento que estructuró a buena parte de las instituciones *ashkenazíes* conformadas entre los años '20 y los '40 (2005: 191). En este sentido, es sabido que desde su llegada a Cuba, los *ashkenazíes* pusieron el acento en aquellas instituciones culturales, y a través de ellas, también políticas, que les permitía superar su fuerte conciencia de desarraigo, la nostalgia por sus tradiciones y la supervivencia de su propio dialecto, el *idish*. Una vez que decidieron permanecer en Cuba, y con la cooperación de algunas asociaciones judías internacionales como el Joint y el Hias, los “polacos” dieron vida a una amplia red de instituciones de ayuda a los inmigrantes con escuelas dedicadas a la enseñanza del español y de varios oficios. Asimismo, en 1926 se fundó una asociación femenina, con guardería para niños huérfanos y madres trabajadoras y, dos años más tarde, un hogar especialmente destinado a dar atención a jóvenes solteras y para el resguardo de su moral, junto con una Caja de Préstamos útil para su establecimiento inicial en la actividad comercial.

Estos inmigrantes resultaron en este sentido el grupo más activo a nivel político y gremial, en gran medida, por su formación previa en la fuerte tradición *idishista*





que caracterizó a la izquierda bundista⁵, socialista y luego también comunista. Hubo espacio así para la creación de múltiples instancias organizativas, encausadas bajo la forma de sociedades corporativas y gremiales diseñadas para la protección de sus principales actividades económicas. Fue así como en el complejo período inaugurado en 1929, con la irrupción de la crisis capitalista mundial, surgieron la “Sociedad de Protección de Barberos y Peluqueros” y la “Unión de Protección a los Vendedores Ambulantes” (*Shutzfarain far Peddler*), dos ramas de la economía en la que, como hemos visto, los “polacos” habían conseguido insertarse muy prontamente. A ellas le seguirían la creación en 1933 de la “Unión de Comerciantes, Propietarios e Industriales Hebreos de la Provincia de La Habana”, la “Cámara de Comercio Israelita de Cuba” en 1936 y la “Unión de Fabricantes de Calzado de la Habana” en 1942, todas éstas, entidades que al mismo tiempo revelaban el ascenso social de estos inmigrantes y su conversión de artesanos y vendedores a pequeños industriales y comerciantes en expansión. Dos décadas más tarde, y en el contexto de la Segunda Guerra Mundial, el proceso institucionalizador de la comunidad judía cobró nuevo impulso con la fundación del Folkcenter en 1941, así como también del Comité Cubano Hebreo Antinazi, entidad frentista creada y liderada por el PCC como consecuencia de la invasión alemana a la Unión Soviética, junto con otros círculos civiles, políticos, sindicales y culturales.

En este sentido, un buen indicador del grado de compenetración al que en muy poco tiempo llegaron los militantes hebreos con aquellos que no lo eran fue la fundación en las calles de Compostela y Luz de la fonda “La Cooperativa”, donde los revolucionarios cubanos, por lo general sin mayores recursos, podían comer gratis (llegando incluso a tomarle gusto a la propia comida judía). Este restaurant duró un par de años, hasta que bajo el gobierno de Machado debió ser clausurado frente a las constantes presiones policiales. Asimismo, no constituyó un dato

⁵ Ideología de tendencia socialista seguida por la “Unión General de Trabajadores Judíos de Lituania, Polonia y Rusia” (conocida por sus siglas en alemán: “Bund”) creada en Vilna, Lituania, en 1897.





menor el hecho de que aquellos que no eran militantes, sino simplemente simpatizantes, contribuyeron a la lucha de Auxilio Español, de apoyo al bando republicano en el conflicto ibérico de la segunda mitad de los '30 y constituido por iniciativa de las mujeres de la comunidad judía, quienes a su vez habían adquirido experiencia en la práctica política y en la asistencia social proporcionando alimento a los presos políticos. Por último, otro importante punto de nucleamiento, sobre todo para los hijos de estos activistas, lo constituyó su asistencia a la escuela Sholem Aleijem, de signo progresista.

Paralelamente, durante los años '20 se asistió a una creciente difusión de libros en idish mediante la reedición de clásicos de la literatura universal y judía, y la apuesta por la producción de material descriptivo respecto a las vivencias, impresiones y pareceres de estos inmigrantes en su nueva patria. Asimismo, los comunistas cubanos produjeron periódicos, revistas y programas de radio en dicho dialecto, como fue el caso del *Kubaner Yidish Wort* ("La Palabra Hebrea Cubana"), editado a partir de 1944 y complementado a su vez por la emisión radial de un programa hablado enteramente en idish y transmitido por varios años desde la estación del Partido Comunista de Cuba.

Implicancias políticas de la Sección Hebrea y del Centro Cultural

Aparentemente, la Sección Hebrea habría sido fundada a principios de 1924, es decir, un año y medio antes de la creación del Partido Comunista de Cuba, y su vinculación fue por tanto con el principal precedente de esta organización: la Agrupación Comunista de La Habana. En su mejor momento, la Sección llegó a contar con una veintena de militantes orgánicos, en gran medida, nucleados por la acción de la pequeña colonia hebrea capitalina que atendía a los judíos recién llegados de Europa (principalmente, de Polonia y Lituania) en un viaje motivado tanto por causas políticas como así también económicas. Por otra parte, también debemos resaltar que varios de estos activistas poseían una experiencia política





previa conseguida por su participación en los partidos y juventudes comunistas locales, lo que sin duda fue un factor que contribuyó tanto a elevar desde un principio la actividad de la Sección Hebrea, como así también a proporcionarle una importante red de contactos con sus pares de los países europeos, e incluso, de la Unión Soviética⁶.

Los primeros y más importantes líderes que tuvo esta asociación fueron Yoska Grinberg (quien, según el propio Grobart, era el activista más consciente del grupo, poco tiempo más tarde emigrado a los Estados Unidos); el lituano Félix (Pinjas) Gurbich⁷, quien también terminaría abandonando Cuba en 1927; Miguel Magidson, de posterior emigración a México; y por último, Karol Wasserman, profesor que gracias a sus conocimientos de español generalmente fungió como traductor de la Sección Hebrea⁸. Sin embargo, de todos ellos fue el propio Fabio Grobart, todavía conocido en aquella época como “Yunger Simjovich”, quien conseguiría destacarse en este conjunto, además de ser el único en seguir participando a lo largo del tiempo y más allá de algunas interrupciones, provocadas por viajes políticos y exilios, en Cuba y en su Partido Comunista, desde su fundación en 1925 y con un papel siempre de primera línea.

Dentro del grupo judío fundamentalmente se hablaba *idish*, y eran algunos de sus activistas con mayor experiencia quienes se ocupaban de introducir a los nuevos miembros, de llegada más reciente a Cuba. Fue éste precisamente el caso de Fabio Grobart quien se convirtió en miembro de la Sección Hebrea de la Agrupación Comunista en 1924: gracias a un profesor de español (probablemente Wasserman) este activista polaco comenzó a dominar el idioma, convirtiéndose muy pronto en dirigente de este grupo. Los comunistas judíos no tenían un local

⁶ De todos, quizás el caso más representativo haya sido el de Fabio Grobart, quien gracias a su militancia en Bialystok, Polonia, mantuvo contacto con dirigentes como el polaco Feliks Dzerzhinski, fundador algunos años de la Cheka, primer policía secreta de la Unión Soviética.

⁷ En algunas fuentes también se cita su apellido como “Hurvich”.

⁸ Por su misma actividad y experiencia política en Cuba, y a diferencia de la mayoría de sus compañeros, también Grinberg conocía un poco de castellano.



dónde reunirse y al poco tiempo Grobart se encargó de alquilar uno en la calle Zulueta, en pleno centro habanero, frente a donde estaba situada la sede de la Agrupación. Paralelamente, en 1925 se realizó un llamamiento a los judíos de La Habana, simpatizantes con la Unión Soviética, para lograr su vinculación con la Sección Hebrea, tomando en cuenta el fuerte antagonismo que por ese entonces existía entre los activistas comunistas y aquellos otros partidarios del sionismo, quienes debido a sus posturas y predicamento, se asumieron dentro del amplio campo del anticomunismo. Para este objetivo servía entonces la realización de concentraciones y reuniones políticas, como la conmemoración de la Revolución de Octubre, de la Comuna de París y del Día del Trabajador, eventos que contaban en todos los casos con oradores que daban sus discursos en *idish*.

Un elemento de importancia en cuanto a su propio contenido social, y que también servía para diferenciarlos de otros grupos y nucleamientos israelitas, es que prácticamente no había miembros de la Sección Hebrea que fueran comerciantes y cuentapropistas (con un interés centrado únicamente en el ascenso social) sino que mantenían una identidad más propiamente obrera o artesanal, al desarrollar actividades y prácticas englobadas dentro de la albañilería, la confección y arreglo de vestidos y ropa en general, la compostura de zapatos, la pintura de brocha gorda, etc. Pronto, una nueva institucionalidad, basada en la creación de organizaciones y específicos puntos de aglutinamiento, terminaría de zanjar las diferencias sociales existentes en la comunidad judía habanera de mediados de los años '20. Así, si los comerciantes y tenderos tendían a vincularse y participar en el Centro Israelita, fundado en 1925, los comunistas, por el contrario, establecieron sus propios lazos de pertenencia con el Centro Cultural Obrero Hebreo (*Kultur Farain*), el que en poco tiempo terminó siendo hegemonizado por el grupo comunista si bien, y durante los primeros años, nunca se hizo público este creciente predominio⁹.

⁹ Esta forma de actuar era, por demás, típica dentro de las organizaciones periféricas del comunismo, en las que se ocultaba su identidad roja para no alejar a aquellos militantes no necesariamente filiados con el



Reafirmando lo anterior, y según relataría el propio Grobart, el Centro Cultural era una organización “sólo de obreros”, con un firme “trabajo de lucha contra el sionismo” y en la que “muchas gente que no conocíamos empezaba a agruparse (...) porque eran de izquierda y, aunque muy pocos eran miembros del Partido, la mayor parte estaba influenciada por las ideas de la Unión Soviética”. Tanto desde el punto de vista ideológico como desde el social, este emigrado polaco concluía en que “ellos no tenían nada en común con los otros hebreos que eran sionistas o eran religiosos” (Fuentes, 2005: 24-5).

Particularmente, el Centro Cultural alcanzó cierta importancia como el principal nucleamiento en La Habana de los judíos progresistas, de izquierda y comunistas. Reproduciendo el sentido simbólico del *shabat*¹⁰, aunque en un ámbito puramente laico, era el sábado cuando se celebraban sus principales actividades y reuniones, aprovechándose además que para la mayoría se trataba de un día no laborable. En el Centro Cultural se trataba de mantener las costumbres y tradiciones por medio de la organización de coros, representaciones teatrales, veladas literarias, etc. Paralelamente a estas actividades culturales y artísticas, y por la creciente influencia de los judíos comunistas, en este ámbito también se discutía sobre la realidad política y social de Cuba, brindándose una cada vez más abierta solidaridad con el movimiento obrero cubano, y con sus luchas y reivindicaciones, a la vez que se encaraban labores sociales, como las que más tarde cumpliría el Socorro Rojo, proveyendo comida y artículos de primera necesidad a los presos políticos.

Al cabo de un tiempo, fueron cientos los participantes en las distintas actividades del Centro y, dentro suyo, comenzó a intervenir cada vez más notoriamente el

régimen bolchevique en Rusia, o bien se daba asimismo dentro de aquellas instancias gradualmente copadas por militantes comunistas. Fue ésta, entonces, la historia que caracterizó a organizaciones de apoyo social, de intelectuales, estudiantiles, etc. de toda la región latinoamericana.

¹⁰ Día religioso para la comunidad judía, extendido desde la noche del viernes a la noche del sábado.



La Revista Estudios es editada por la [Universidad de Costa Rica](http://www.ucr.ac.cr) y se distribuye bajo una [Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 3.0 Costa Rica](http://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/3.0/cr/). Para más información envíe un mensaje a revistaestudios.eeg@ucr.ac.cr.

grupo de activistas pertenecientes a la Agrupación Comunista de La Habana. Por su parte, la conciencia de que “la colonia hebrea era insignificante en relación con el pueblo cubano, en relación con los grandes problemas del país” (Fuentes, 2005: 33) determinó, en gran medida, el acercamiento de Grobart y de otros militantes judíos a la entidad revolucionaria, en gran medida posibilitada por la visita a su sede de algunos destacados dirigentes como Julio A. Mella, Carlos Baliño y José Miguel Pérez, este último, futuro primer secretario general del PCC. A través de éstas y otras figuras, los dirigentes del Centro Cultural pudieron tomar conciencia no sólo de los grandes problemas de Cuba, sino además y principalmente, de su movimiento obrero, en particular, en el contexto de la toma de gobierno de Gerardo Machado producida en mayo de 1925.

Como se podrá observar, para el futuro establecimiento del Partido Comunista resultó de gran importancia la vinculación que la Sección Hebrea ya tenía con la Comintern, según se desprende de una carta enviada por el líder en ciernes Fabio Grobart a los dirigentes de Moscú en los primeros meses de 1925¹¹. Como se señalaba allí, la Sección se había dado, sobre todo, al “trabajo organizativo” entre los emigrados de Polonia, Lituania, etc. Sin embargo, las dificultades se hacían presentes cuando se señalaba el carácter extranjero de los participantes, en el sentido de que “nosotros no somos todavía ciudadanos del país y por esto no podemos trabajar legalmente (no tenemos condiciones de trabajo legales)”. También el desconocimiento del idioma se convertía en un obstáculo insalvable para los inmigrantes, lo que hacía que “los trabajadores hebreos representaran una masa desorganizada tanto en el sentido profesional como en el cultural”. Sin embargo, había expectativas favorables, ya que “a pesar de que la mayoría de los trabajadores hebreos son inmigrantes y llegaron hace poco, entre los cuales no hay ni uno que hubiera tomado la ciudadanía, se siente un fuerte deseo, interés en

¹¹ Agradezco a Fabio Grobart Sunshine la lectura y traducción del ruso de esta misiva, de la que desconocemos tanto la fecha de envío como su destinatario, si bien, como se podrá apreciar, contiene interesantes notas sobre la Sección Hebrea y la Agrupación Comunista de La Habana. Las citas de esta sección corresponden a la mencionada carta.



organizarse”. Estaban así sentadas las bases para una construcción más sólida por parte de la Sección Hebrea.

Paralelamente, y desde su fuerte activismo en dicha entidad judía, Grobart pudo adquirir cada vez mayor influencia la Agrupación Comunista de La Habana. En la mencionada carta a la Comintern, él refería las dificultades de organización del sindicalismo local, en parte, debido a las fragmentación en la que a mediados de los '20 se encontraba el movimiento revolucionario, ya que, según su parecer, “en cada ciudad hay una organización comunista que lleva a cabo su trabajo por sí misma y es comprensible que su trabajo no tenga un sentido integral y no tenga objetivos mayores”. Resultaba claro y directo, entonces, el pedido formulado a Moscú para apoyar la creación de un Partido Comunista en Cuba: “Si aquí existiera una organización de un partido comunista, nosotros estamos convencidos que ella podría estar en condiciones, no sólo de llevar a cabo un máximo de trabajo organizativo pero más que ello se convertiría en la única fuerza política o partido político que podría encabezar a la clase trabajadora de Cuba, porque aquí no hay un partido que le haga la competencia, no hay partidos rivales, a excepción de algunas organizaciones débiles de los anarquistas y una muy pequeña asociación socialista que no tienen ninguna influencia sobre los trabajadores”. El apoyo de Moscú resultaba entonces estratégico teniendo en cuenta además que “el Workers Party de Estados Unidos y el Partido Comunista de México no les presta ninguna atención al movimiento obrero actual (y que) con ellos tenemos una muy débil relación”. De ahí, entonces, que Grobart concluyera su importante misiva reiterando la intención de establecer relaciones políticas “como una sección hermana”.

Como se puede apreciar, la influencia y, sobre todo, los contactos con la Comintern por parte de la Sección Hebrea no fueron menores a la hora de transformar a la Agrupación Comunista de la Habana en el Partido Comunista de Cuba. Más allá de las relaciones que evidentemente ya existían con otros partidos



comunistas de área vecina a Cuba, principalmente, con los de Estados Unidos y México, sería esta inicial vinculación con Moscú un aspecto determinante en la futura constitución de la sección local de la Comintern. En este sentido, Grobart mismo se convertirá en una pieza fundamental en esta articulación entre la nueva entidad revolucionaria de Cuba y el mundo comunista, sobre todo, anclado en Europa y en la propia Unión Soviética.

Los activistas judíos en la fundación del PCC

Bajo el gobierno de Gerardo Machado, iniciado en mayo de 1925, el flujo migratorio judío bajó considerablemente, llevando a que la colonia fuera de cerca de unas 5 mil personas, aproximadamente la misma cantidad que existía en el 1917. Para cuando el partido se funda, en agosto de 1925, los judíos mantienen su célula en idish, sobre todo porque varios de sus integrantes no habían aprendido el español. Como habíamos expresado, la Sección Hebrea cumplió un importante papel en todo este proceso fundacional, a punto tal que al concluir sus reuniones fundacionales, Julio A. Mella propuso que “el Congreso declare su simpatía a los compañeros hebreos y reconozca todo el mérito de su labor (por lo que) el Congreso lo aplaude”, según ha quedado consignado en el “Acta del Primer Congreso Nacional de Agrupaciones Comunistas de Cuba”, en agosto de 1925. Con todo, dicha sección llegaría a tener una corta vida, debido a que la estructura del Partido y su impronta obrerista, más allá de las diferencias culturales, étnicas, religiosas, etc. no podían sostener el funcionamiento de ella. Según los recuerdos de Fabio Grobart y las actas del mencionado encuentro, es posible reconstruir históricamente el desarrollo de dicho Congreso, como así también la participación en él de la Sección Hebrea.

El 6 de agosto de 1925, el Comité Ejecutivo de la Agrupación Comunista de La Habana, con un total de 27 miembros, invitó a las otras tres organizaciones



comunistas por entonces existentes en el país a constituir un Partido Comunista Cubano. En el orden del día propuesto destacaban el reconocimiento de la Tercera Internacional y la adopción de sus Estatutos; la organización, estructura y táctica del futuro Partido; la cuestión electoral; la organización de la juventud y la prensa partidaria. El cónclave finalmente se reunió el 16 de agosto, contándose un total de 18 participantes distribuidos como delegados e invitados: entre ellos, los más destacados eran el dirigente universitario Julio Antonio Mella; el viejo camarada de Martí y uno de los introductores del marxismo en Cuba, Carlos Baliño; el sindicalista Alejandro Barreiro; el maestro español José Miguel Pérez y algunos otros activistas de extracción gremial como Francisco Pérez Escudero, José Peña Vilaboa y Alfonso Bernal del Riesgo. En total, y según consignaron los propios organizadores, hubo nueve obreros, un estudiante, dos maestros, un empleado público y tres intelectuales (Rojas Blaquier, 2005: 31). Mientras tanto, y gracias a gestiones realizadas previamente, se contó también con la presencia de un delegado del Partido Comunista Mexicano, Enrique Flores Magón, convocado con la intención de obtener amparo político por parte de una organización más sólida y en crecimiento¹².

La Sección Hebrea que participó de la fundación del PCC se destacó por la actuación de sus representantes: Yoska Grimberg; Fabio Grobart (alias “Yunger Semjovich”); Karol Vasserman, traductor además del grupo judío; y Félix Gurbich, que asistió como delegado fraternal de la juventud judía. Pese a que la formación política y el conocimiento del marxismo de Grobart aventajaba, y por mucho, a varios de sus compañeros en aquel encuentro, su poco dominio del idioma español, y su conocimiento todavía superficial de las profundas problemáticas cubanas lo terminaron relegando a un segundo plano: como él mismo lo expresaría, “llevaba en Cuba, por aquel entonces, mucho menos de un año.

¹² La presencia de Flores Magón en la reunión para la creación del PCC reveló también las pujas internas existentes dentro del seno de la Comintern por aquellos años, específicamente, entre el PCM y el Workers Party de los Estados Unidos, que buscaba crecer por medio de una profundización de su área de influencia en la región caribeña. Para más detalles, ver Kersffeld (2010).



Conocía poco del movimiento comunista cubano, pero ya hablaba algo de español, ya podía entenderme con la gente. (Pero) cuando llegué, pues, como delegado de la Agrupación Comunista de La Habana, yo no sabía todavía hablar suficientemente el español como para poder pronunciar un discurso en el Congreso y dar mis opiniones” (Fuentes, 2005: 51).

Pese a estas dificultades, la presencia de un traductor propio ayudó que la actividad de los delegados judíos resultara de importancia desde el principio de la asamblea. Fue así como ni bien iniciado el encuentro, Karol Vasserman propuso, a nombre de la Sección Hebrea, un sentido homenaje a Lenin y a “todos los buenos luchadores muertos en la lucha proletaria”. A continuación, Yoska Grinberg propuso que se enviara un saludo cordial al Partido Comunista Mexicano “ya que a él se debe que estemos celebrando este congreso” (AA.VV., 1975: 446). Se reafirmaba de este modo el interés por acercarse al PCM en la búsqueda también de apoyos por parte de la Unión Soviética y, fundamentalmente, de la Comintern, entidad encargada en definitiva de aprobar o no la formación de una sección comunista en Cuba.

Por otro lado, la importancia concedida a los obreros y, particularmente, a los revolucionarios de origen judío puede ser entendida a partir del nombramiento del propio Grinberg dentro de la Comisión de Prensa y Publicidad, encabezada por Mella y en la que también intervenía Baliño. Fueron ellos, en este sentido, los elegidos para traducir las actas en aquellas lenguas consideradas como “estratégicas”: el inglés, el francés, el ruso y, llamativamente, también el hebreo¹³. Asimismo, el informe rendido por Grinberg a nombre de la Sección Hebrea provocó la intervención favorable de varios delegados, el reconocimiento expreso y el agradecimiento a su labor previa formulado por Julio A Mella y transcrito al inicio de este capítulo.

¹³ En realidad, el dialecto eleccionado para realizar las traducciones de toda la documentación era el idish ya que todavía por aquellos años el hebreo era un idioma reservado sobre todo para el ámbito religioso y litúrgico.



Dentro de las deliberaciones de este encuentro, los representantes de la Sección Hebrea volvieron a tener una reconocida participación, no casualmente, en torno al quinto punto del orden día, referido a la organización y estructura del partido, un tema para ellos conocido a partir de la experiencia clandestina sobrellevada por la mayoría en sus países de origen. Dentro de este punto, un inciso, el tercero, señalaba como prioritaria “la organización de los núcleos dentro de los sindicatos, organizaciones de masas como el Centro Gallego, Centro Asturiano, Hebreo, clubes deportivos, etc., integrados por militantes seleccionados que trabajarán de acuerdo con las directivas que les proporcionen los comités dirigentes”. Más allá de que en su carácter general el quinto punto fue finalmente aprobado, lo cierto es que este tercer inciso generó no pocas discusiones a partir de las posiciones contrarias sostenidas, entre otros, por Fabio Grobart y Yoska Grimberg, quienes alegaban que la atención del Partido debía dirigirse prioritariamente a la organización de células en los núcleos de los sindicatos, esperando a contar con más fuerzas en un futuro cercano para trabajar en ámbitos como el Centro Cultural Hebreo. En todo caso, los activistas judíos daban cuenta así de su conocimiento de las 21 condiciones sancionadas por la Comintern en su segundo congreso, de 1920, para que un partido pudiera incorporarse a este espacio a partir de su trabajo en células sindicales. Las encendidas discusiones internas motivaron, incluso, una segunda votación, propuesta ahora por Karol Vasserman, con la idea de ratificar esta estrategia de construcción política.

Por otra parte, Grimberg tendría también una destacada participación cuando se analizara el apoyo del PCC al movimiento de las trabajadoras, fuerte sobre todo entre las cigarreras, pero que evidentemente excedía las fronteras de este gremio para irradiarse también entre las obreras de distintas ramas productivas y centros sociales y culturales. A propuesta de dicho representante se nombró una comisión cuya objetivo era el de contribuir a la organización de las trabajadoras y a la orientación del movimiento femenino en general hacia la lucha contra su



discriminación en los centros de trabajo, por sus demandas y reivindicaciones específicas, y con la intención de incluirlas en “la batalla de todo el pueblo por su independencia nacional y social” (Rojas Blaquier, 2005: 35). En un sentido similar, Grinberg expuso también la proposición sobre la necesidad de conformar pronto a la Juventud Comunista, propuesta que sería retomada por Flores Magón y luego por el resto de los participantes, pero que recién se haría efectiva algunos años más tarde a partir de la decisiva intervención de Fabio Grobart, convertido ya en un destacado dirigente partidario.

Por último, tanto Grinberg como Grobart se manifestaron desde un principio a favor del mandato de la Comintern que dictaminaba a los partidos comunistas reconocidos por ella la necesidad de su participación por vía electoral sin resignar por ello su futura perspectiva revolucionaria¹⁴. Pese a las resistencias de algunos delegados como Mella (en este punto más cercano a las posturas anarquistas de rechazo a los grupos políticos ya consolidados como meros instrumentos de acceso al poder)¹⁵ la iniciativa electoralista resultó aprobada luego de amplios debates internos, si bien las posturas finalmente asumidas en esta discusión generalmente ya habían sido resueltas en encuentros anteriores y en función del congreso fundacional del PCC, por lo que resulta factible suponer que esta idea también ya fuera discutida y aprobada en el seno mismo de la Sección Hebrea.

Al finalizar la asamblea constitutiva y como último punto del orden del día, se decidió la constitución del primer Comité Central del flamante partido. Se resolvió asimismo que la nueva dirección partidaria debía estar conformada por nueve miembros propietarios y otros cuatro de carácter suplente: en ambas categorías

¹⁴ En este sentido, y según constaba en actas, para Grinberg “no debemos perder tiempo en discutir un principio de la Internacional, toda vez que ya decidimos acatar todas sus resoluciones” (AA.VV., 1975: 446).

¹⁵ En realidad, esta postura tan cercana al anarquismo en los tiempos formativos del comunismo latinoamericano no fue una propiedad exclusiva de Julio A. Mella, sino que, con diferentes variantes, se expresó también en otros partidos de la región, fundamentalmente, en el mexicano a partir de la orientación asumida en la primera mitad de los años '20 por Manuel Díaz Ramírez, quien llegó a ser secretario general del PCM (Kersffeld, 2010).



hubo participación de los delegados de la Sección Hebrea. En el primer caso, entre los titulares, se contó con la presencia de Yoska Grinberg, junto con Julio Antonio Mella, José Peña Vilaboa, Alejandro Barreiro, Miguel Valdés, Carlos Baliño, Venancio Rodríguez, José M. Pérez y Rafael Saíenz. Dentro del cuerpo de suplentes, estuvo Karol Vasserman junto con Alfonso Bernal, Francisco Pérez Escudero y José Rego. Se reconocía así la labor de este conjunto de militantes judíos que había contribuido a la realización de este primer encuentro pero, sobre todo y gracias a su experiencia, que había ayudado a la organización de este primer partido comunista en Cuba (AA.VV., 1975: 456).

Más allá del inicial éxito obtenido, el tenor de las discusiones producidas en este encuentro

provocó en Grobart la idea de que éste “fue un Congreso que demostraba de un lado el deseo de los compañeros asistentes de ser comunistas, de ser útiles, de trabajar como los comunistas deben trabajar. (...) Del otro lado, cierta inmadurez desde el punto de vista ideológico, teórico y de conocimiento, de estar poco informados sobre el movimiento comunista internacional. Entonces se explica por qué en algunos problemas (como el electoral) surge una discusión que no hubiera sido posible con una madurez mayor” (Fuentes, 2005: 36). Según este activista, la “falta de madurez política” de los primeros cuadros del Partido Comunista se habría expresado en un inicio en la elección de José M. Pérez como primer secretario de la organización: aparentemente, fueron su labor docente y su presunta habilidad para dar conferencias los principales elementos a ser evaluados en el momento de decidir tal designación. Sin embargo, no importó la condición extranjera de Pérez ni tampoco su falta de verdadera experiencia política, las que finalmente se hicieron evidentes cuando una vez concluido el Congreso fundacional fue detenido por la policía en la calle, con los nombres y direcciones de todo el flamante Comité Central del PCC en sus bolsillos, e inmediatamente enviado de regreso a España...



A continuación, una redada policial se encargó de desmembrar a un partido que todavía no había terminado de organizarse, apresando a sus principales referentes y generando un creciente temor en aquellos simpatizantes que, en cambio, optaban ahora por el retraimiento y alejamiento de todas aquellas actividades que podían ser señaladas de subversivas por parte del autoritario gobierno de Machado. Para empeorar las cosas, en 1926 el exilio de Julio A. Mella¹⁶, vigilado por la policía y enemistado con los camaradas que habían decidido repudiar su histórica huelga de hambre, y la muerte del histórico dirigente Carlos Baliño, único heredero de las luchas martianas de fines del siglo XIX, dejaron huérfano de liderazgos a un partido que, a la fecha contaba con menos de un año de vida.

No resultó casual, entonces, que para 1926 y de manera urgente, el comunismo cubano tuviera que reconstituirse apelando para ello a la incorporación en roles dirigentes de activistas con mayor experiencia política, como fue el caso de Fabio Grobart, adscripto desde ese mismo año al Comité Central partidario y cuyo rápido aprendizaje del idioma le permitió, incluso, entrar en contacto directo con algunos núcleos obreros. Su creciente influencia sobre el proletariado cubano fue posibilitado también por la emigración de los principales cuadros de la Sección Hebrea original, lo que permitió entonces que dicho activista se convirtiera en un dirigente en pleno ascenso, conocedor de los principales rasgos de la ideología comunista a raíz de su vida política previa en Polonia, a lo que hubo que sumar su experiencia en la lucha clandestina (Corrales, 2007: 31).

¹⁶ En diciembre de 1925 Julio A. Mella fue apresado por una supuesta infracción a la ley contra explosivos. Al no fijársele ni a él ni a sus compañeros de detención una fianza para su liberación, el dirigente universitario inició una huelga de hambre que se extendió un total de 18 días, sin la aprobación del PCC, que por ese entonces se encontraba proscrito. Gracias a una campaña nacional e internacional, y a la presión popular, finalmente Mella fue liberado a fines de 1925, pero en enero del siguiente año, fue condenado por un juicio partidario que lo acusó de llevar a cabo una acción individualista, sin previa consulta con el PCC. Acosado por la policía machadista y sin mayor resguardo por parte de la cúpula del partido, Julio A. Mella se vio obligado a exiliarse, partiendo rumbo a México a fines de enero de 1926 (ver Kerssfield, 2010).



Conclusiones generales

Pese a las inocultables diferencias culturales, idiomáticas, nacionales y religiosas, lo cierto es que prácticamente desde un inicio existió un creciente ensamblaje identitario entre los comunistas cubanos y los militantes judíos de origen extranjero en pos de objetivos comunes. Como el propio Fabio Grobart recordaría mucho más tarde, “los comunistas hebreos se distinguieron en el sentido de que no hicieron su casa aparte de los cubanos, sino que se consideraron como parte del Partido Comunista cubano. Esta es la razón por la cual, entre los primeros mártires comunistas hay hebreos. Se participaba en las manifestaciones de calle, trabajos clandestinos, participan en otras actividades. Por ejemplo, en aquella época había un día internacional de lucha contra la guerra, el primero de agosto. Se organizaban manifestaciones rápidas, manifestaciones relámpago, en esto participaban los comunistas hebreos. De esa forma murieron algunos (...) Si había una manifestación del Primero de Mayo, el club¹⁷ no participaba como club aparte en la manifestación, siempre se incluían dentro de los grupos desfilantes que eran de sus oficios: sastres con los sastres, zapateros con los zapateros, los carpinteros con los carpinteros. Pero con un cierto control del club para que todo el mundo participara en la celebración del Primero de Mayo y en otros actos. (...) Con motivo del aniversario de la Revolución de Octubre u otra ocasión, siempre había un grupo numeroso de obreros hebreos que iban allá. Es decir, tratamos siempre de educarlos en el espíritu de que eran parte del pueblo cubano y que debían ayudar en todo y participar en todo junto con los comunistas cubanos (Fuentes, 2005: 35).

Actualmente, la historia de esta primera generación de militantes judeocomunistas de actuación en Cuba merece ser rescatada por toda la importancia que llegaron a tener en los inicios del PCC y por los contactos internacionales que le proporcionaron a esta trascendente organización cuando todavía no había sido

¹⁷ Por el Centro Cultural Obrero Hebreo.



fundada. Con dirigentes como Grobart, a los que luego se sumarían otros más como Aaron Radlow, Jaime Novomodni y Moisés Raigorodski el Partido cubano dio sus primeros pasos en el siempre complejo escenario nacional, al mismo tiempo que trataba de afirmarse como una referencia para los comunistas europeos y soviéticos en la poco conocida región caribeña. En todo caso, tampoco debe dejar de señalarse que los dirigentes del PCC nunca dejaron de recordar (y como lo expresaría también Julio A. Mella, directamente de “agradecer”) la importante contribución de los “polacos” en la creación del Partido pero, sobre todo, en su definitiva estructuración y consolidación a lo largo del tiempo.

Bibliografía

AA.VV. 1975 *El movimiento obrero cubano: documentos y artículos* (La Habana: Instituto de Historia del Movimiento Comunista y la Revolución Socialista de Cuba) Tomo 1 1865-1925.

BEJARANO, Margalit 1993 “La inmigración a Cuba y la política migratoria de los EE.UU. (1902-1933)”, en *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y El Caribe* (EIAL) (Universidad de Tel Aviv) Vol. 4 N° 2, Julio-Diciembre

BEJARANO, Margalit (comp.) 1996 *La comunidad hebrea de Cuba: la memoria y la historia* (Jerusalem: Instituto Abraham Harman de Judaísmo Contemporáneo, Hebrew University of Jerusalem).

COMUNIDAD HEBREA DE CUBA 2006 *Proyecto Historia Oral ¿Qué puedo contar yo de mi vida?*, en <http://www.ort.org/project/cuba-history/Index.htm> (consultado el 20 de abril de 2010).

CORRALES, Maritza 1999 “Comportamiento económico y espacial de los comercios e industrias judíos en La Habana 1902-1959”, en Bokser Liwerant, Judit y Alicia Gojman de Backal (coords.) *Encuentro y alteridad. Vida y cultura judía en*



América Latina (México: Universidad Nacional Autónoma de México/Universidad Hebrea de Jerusalem/Fondo de Cultura).

CORRALES, Maritza 2005 “Cuba: paraíso recobrado para los judíos”, en *De dónde son los cubanos* (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales).

CORRALES, Maritza 2007 *La isla elegida: los judíos de Cuba* (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales).

FARIÑAS, David 1998 “El judaísmo en Cuba” en *Panorama de la religión en Cuba* (La Habana: Editorial Política).

FERNÁNDEZ VALDERRAMA, Caridad 2001 “Una breve mirada a la inmigración judía en Cuba”, en *La Jiribilla* (http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/cuba/jiribilla/D/2001/n11_julio/298_11.html) consultado el 15 de junio de 2010.

FUENTES, Jorge 2005 *El polaquito* (La Habana: Editorial Gente Nueva).

GROBART, Fabio 1985 “Entre los comunistas polacos aprendí las primeras lecciones que debe conocer todo marxista-leninista”, en *Trabajos Escogidos* (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales).

JAIFETS, Lazar, Víctor Jaifets y Peter Huber 2004 *La Internacional Comunista y América Latina, 1919-1943. Diccionario Biográfico* (Moscú: Instituto de Latinoamérica de la Academia de Ciencias/Ginebra: Institut pour l’Histoire du Communisme).



KERSFFELD, Daniel 2010 *Contra el imperio. Historia de la Liga Antiimperialista de las Américas* (México: Siglo Veintiuno) En prensa.

LEVINE, Robert M. 1993 *Tropical Diaspora. The Jewish Experience in Cuba* (Miami: University Press of Florida).

MATTERIN, A. 1969 *Breve historia de los hebreos en Cuba (desde el descubrimiento hasta 1969)* (La Habana: Archivo de Historia, Oficina del Historiador de la Ciudad) Manuscritos. (inéditos) Especial para la Enciclopedia Judaica

MILANÉS, Lolo “Moisés Raigorodsky”, en *Cubanos en la Guerra Civil* (<http://cubanosenlaguerracivil.blogspot.com/2007/04/mois-es-raigorodsky-el-rusito-la.html>), consultado el 16 de junio de 2010

PARÉS RAMÍREZ, Katuska 2009 *Los hebreos en La Habana Vieja* (La Habana: Editorial Universitaria).

ORTEGA, Víctor Joaquín 2003 *El Rusito* (La Habana: Ediciones La Memoria).

ROJAS BLAQUIER, Angelina 2005 *Primer Partido Comunista de Cuba* (Santiago de Cuba: Editorial Oriente) Tomo 1.

SÁNCHEZ PORRO, R. 1996 “Tradición y modernidad: los Judíos en La Habana”, en *Cuadernos de Historia Contemporánea* (Madrid: Universidad Complutense) N° 18

WEINFELD 1951 “La colonia hebrea cubana”, en *Almanaque conmemorativo del 25 Aniversario del Centro* (La Habana: Ejecutivo del Centro Israelita de Cuba).

Documentos



La Revista Estudios es editada por la [Universidad de Costa Rica](http://www.universidaddecostarica.ac.cr) y se distribuye bajo una [Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 3.0 Costa Rica](http://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/3.0/cr/). Para más información envíe un mensaje a revistaestudios.eeg@ucr.ac.cr.

Carta de Fabio Grobart a la Comintern a principios de 1925.

Cuestionario a Fabio Grobart Sunshine contestado en noviembre de 2009.

